

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Notas para una nueva Sociología. (en ciernes).

Diego Larrique.

Cita:

Diego Larrique (2009). *Notas para una nueva Sociología. (en ciernes)*. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/1137>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evbW/Qq1>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Notas para una nueva Sociología (en ciernes)

Diego Larrique¹

En un trabajo relativamente reciente, Wallerstein (2005) se preguntaba, palabras más, palabras menos, cuáles eran las bases epistemológicas de nuestras instituciones de saber. La discusión, a propósito de su interés por el estudio de los límites disciplinares desde el famoso informe para la Comisión Gulbenkian, titulado *Abrir las ciencias sociales* (1996) daba un nueva mirada sobre la apremiante discusión que se viene desarrollando (y postergando simultáneamente) en las ciencias sociales. Desde al menos principios de los años 70, las ciencias sociales se encuentran en una crisis. La bibliografía sociológica desde ese tiempo viene señalando esos problemas: Gouldner, Giddens, Lepenies, Alexander, Bauman y el propio Wallerstein, por nombrar algunos nombres famosos, vienen girando en torno al remolino en que se han convertido las ciencias sociales y en especial la sociología que hemos construido desde finales del siglo XIX.

¹ Profesor e Investigador de Teoría Social, Escuela de Sociología – Universidad Central de Venezuela.
E mail: diegolarrique@gmail.com

Sin saber exactamente en qué consiste esa crisis, lo que sí puede percibirse con cierta claridad en la investigación sociológica contemporánea, es que la complejidad de los problemas que interesan dentro del *campo* superan los tradicionales límites de la disciplina, y que hace ya bastante tiempo los sociólogos venimos echando mano de herramientas de análisis, teorías y perspectivas propias de otras ciencias, que se encuentran, sin embargo, institucionalmente diferenciadas. De esta forma, el interés principal que anima estas páginas es la reconstrucción de la formación del campo sociológico, particularmente en el recuento de algunas de las encrucijadas epistemológicas que han obligado a la comunidad de investigadores a tomar parte, y en ese sentido, a elegir una sociología sobre otras posibles.

Desde la recordada *Methodenstreit* alemana de las dos últimas décadas del XIX, la disputa por diferenciar las ciencias histórico-sociales y las naturales ha sido tema recurrente del desarrollo del campo sociológico. Las llamadas Ciencias del Espíritu de Dilthey abrieron la discusión alemana frente a la pretensión omniabarcante del positivismo de Comte y el utilitarismo de Spencer. Aunque apenas pueda ser aquí recordada en términos telegráficos, creo que el regreso a las encrucijadas que significaron las dicotomías explicación causal / comprensión (Dilthey) ciencias nomotéticas / idiográficas (Windelband) y ciencias de la cultura / ciencias naturales (Rickert) no es hoy tanto un lejano capítulo histórico de la disciplina sino una posibilidad de entender cómo hemos construido nuestra sociología y por qué hoy aún dudamos de haber encontrado un camino adecuado para nuestro oficio. ¿En qué coordenadas ha sido construida la sociología desde entonces? El espejo de las ciencias naturales reflejó con mucha fuerza su imagen aún después de la disputa alemana y su síntesis en la sociología comprensiva de un Weber que, ni en sus últimos escritos, se consideraba sociólogo más que economista político o historiador de las ideas.

Por su parte, y aún imbricado en la impronta del positivismo francés, Durkheim sí se propuso construir la sociología como un campo disciplinario institucionalizado. Quizás no con tanto éxito en su vida, Durkheim ofrecía una mirada de nuestra disciplina que sí fue luego altamente influyente, y buena parte de la comunidad científica aceptó sin mayores resistencias la idea de una ciencia que pide al sociólogo "...que se ponga en el estado de espíritu en que están los físicos, los químicos y los fisiólogos cuando se aventuran en una región aún inexplorada de su dominio científico" (Durkheim, 2000:39-40) La elección de Durkheim en los términos de la *Methodenstreit* alemana es clara: explicación causal, búsqueda de leyes generales y ausencia de valores en el campo sociológico. Así, con esta mirada aséptica de una sociología preocupada por la verdad

y las leyes, se fue configurando el terreno para buena parte de la discusión que aún hoy se entabla (epistemológica e institucionalmente) alrededor de la sociología.

Se va configurando a partir de aquí una primera distinción entre las ciencias naturales, las humanidades y las ciencias sociales. No sin ser dilemática esta perspectiva, van oyéndose desde entonces las voces que dudaban con razón de tal empresa sociológica, e inmediatamente después de su llegada a París en 1902, los más críticos llamaban socio-demagogia a la empresa de Durkheim. El *Agathon*, publicación anónima que circulaba en la prensa francesa y que discutía sobre “el espíritu de la nueva Sorbona” criticaba a la naciente sociología pues consideraba que “los sociólogos arrojaron por la borda el bagaje de una formación literaria, sin poder alcanzar jamás, en cambio, la exactitud de las ciencias naturales...” (Lepenies, 1994:63) El resultado más obvio de esta situación era, tal como lo revive Lepenies, una separación creciente entre el mundo de los literatos y el mundo sociológico institucionalizado.

Esta separación, que en el fondo también lo era de dos fines fundamentales del conocimiento (la verdad y lo bello) se acrecentó dentro del marco de trabajo de la sociología, y tal como lo resume bien Wallerstein, las ciencias sociales todas crecieron en medio de estos dos potros que galopaban cada uno por su lado. Esta separación sirvió para complementar las luchas de la sociología por establecerse como un campo científico autónomo. Tanto fue útil esta separación, que los linderos de la sociología se marcaban frente a teorías y perspectivas que no se identificaban claramente con la crin del potro que galopaba en búsqueda de la verdad. El caso de Gabriel Tarde es emblemático en este sentido. Aunque su Ley de Imitación fue célebre y muy discutida en su tiempo, la sospecha de “psicología” que rondaba sus bases fueron demasiado para el campo sociológico, y el ataque de Durkheim fue sólo frenado tras la publicación del *Fragmento de Historia Futura* de Tarde, novela de ciencia ficción que ya dejaba al autor fuera de la pretensión de verdad, y por lo tanto, deambulando en el mundo de la literatura y las humanidades. Ni siquiera el retiro de la novela de las librerías por parte de su autor (en señal de vergüenza por lo publicado) fueron suficientes, ¿quién se acuerda hoy de Tarde?

Otra experiencia que queremos rescatar en esta discusión es la del célebre Georg Simmel. Autor no canónico por excelencia, la obra de Simmel siempre ha sido incómoda para la sociología contemporánea, y sólo recientemente se ha reconocido su peso. Sin embargo, en el tiempo en que la sociología -parafraseando a Lepenies- “era joven y estaba segura de su oficio” nada quería saber de las sospechosas teorías de Simmel. A medio camino entre la sociología y una cierta psicología

social, más tarde llamada filosofía por su propio autor, los textos de Simmel son un excelente ejemplo de las sociologías que quedaron en el camino. Mientras que la pretensión de escuela sociológica iba de la mano de los criterios de objetividad, neutralidad de valores, búsqueda de leyes detrás de los hechos sociales y algunas ilusiones más, Simmel ofrecía un trabajo que se centraba en torno a lo que él mismo llamaba “nuevas formas de socialización” para referirse justamente a esas que no han sido aún institucionalizadas, ni objetivadas en la cultura. En 1894, y en el calor de la *Methodenstreit* arriba recordada, la publicación de *El problema de la Sociología* de Simmel me parece muy útil para evidenciar qué otras sociología dejamos atrás. Afirmaba Simmel en ese texto –luego publicado como primer capítulo de su *Sociología. Estudio sobre las formas de socialización*– que también podrían ser fugaces los temas de la naciente disciplina y que quizás juegue la sociología el mismo papel que el microscopio para las ciencias naturales. Despreocupado por leyes o regularidades, veía Simmel que la sociología debía preocuparse por las formas de subjetividad nacientes en nuestras sociedades industriales: “Los hombres se miran unos a otros, tienen celos mutuos, se escriben cartas, comen juntos, se son simpáticos o antipáticos (...) un hombre le pregunta a otro el camino, los hombres se visten y se arreglan unos para otros, y todas estas y mil otras relaciones momentáneas o duraderas, concientes o inconscientes, efímeras o fecundas, que se dan entre persona y persona, y de las cuales se entresacan arbitrariamente estos ejemplos, nos ligan incesantemente unos con otros” (Simmel, 1977:30)

Evidentemente, el proyecto académico de la ciencia que explicaría los hechos sociales, no podía llevarse delante con ideas como las de Simmel, sospechosas para todos los campos disciplinares, justamente por abierta y quizás ubicada mucho más allá de su tiempo, que era uno de definiciones y certidumbres. Al fin y al cabo, la sociología se desarrolla e institucionaliza en el ethos de las *dos culturas*. Este término, acuñado por el británico C.P. Snow en su muy famosa y dilemática conferencia de 1959, quizás sea el episodio consecuente con la historia que hemos venido recuperando en este trabajo.

Para Snow, era evidente la fragmentación de la cultura moderna, estando representada por lo que él denominó las dos culturas: la de los “intelectuales literatos” y la de los “científicos naturales”. En términos epistemológicos, pienso que la idea de Snow *era de esperarse* en su tiempo. Observando la institucionalización disciplinar de las ciencias sociales a partir de 1945, la separación entre dos formas de conocer era más que clara. Para Snow, los dos bandos se miraban a la cara con suma desconfianza, y al mismo tiempo con un desconocimiento tremendo acerca de los campos que estaban en pugna. Refería dos preguntas en su conferencia para ilustrar el vacío que quedaba en

esta separación: preguntaba a los literatos si podían al menos enunciar la segunda ley de la termodinámica, y a los científicos naturales si habían leído alguna obra de Shakespeare. Al constatar que nada podían decir unos sobre la masa y la aceleración, y que los otros apenas reconocían la tragedia de Lear y Macbeth, Snow afirmaba que el sino de nuestro tiempo era la irreconciliable separación entre la búsqueda de la verdad científica por un lado y la belleza por otro. Claro que, como el propio Snow afirmaba, “no saben lo que se pierden”.

Lo cierto es que la Sociología, ubicada en el centro de la disputa, se perdía un poco de todo, y cada vez más, cerraba filas en torno a sus problemas y al conjunto de trabajos que iba acumulando en el seno de su propio campo. La extensión de esta idea de las dos culturas, acompañó la institucionalización de la sociología en el período posterior a 1945, y ahondó aún más la separación que venía desarrollándose entre las ciencias naturales y las humanidades. Por otro lado, estaba en la base de proyectos científicos que, como el Funcionalismo de Parsons, subvaloró las tradiciones del pensamiento sociológico norteamericano -como el interaccionismo simbólico- por estar, obviamente, fuera del marco de problemas de la Gran Teoría sociológica. Quimeras de por medio, Parsons desarrolló en *La estructura de la acción social* de 1937, una primera canonización de autores y problemas para la joven sociología norteamericana, que llevó adelante su proyecto académico estableciendo departamentos de sociología y poniendo sobre relieve autores y problemas para nuestro campo disciplinar.

Así, al menos hasta 1945, uno puede explicarse el precio que pagó la sociología por su temprana institucionalización. Separada de las ciencias naturales y también de las humanidades, la sociología “oficial” ha querido construir un cuerpo de conocimientos pensando que la originalidad del campo residía en un nuevo objeto (los hechos sociales de Durkheim, por ejemplo) y no tanto en una nueva luz sobre ellos (la metáfora microscópica de Simmel). Con justeza me pregunto si ese precio debe seguir pagándose, y si quizás la crisis de la sociología desde los años setenta no sea sino la constatación de los límites de la concepción epistemológica con la que se ha construido la institucionalización de la disciplina y que Snow resumió claramente en su trabajo sobre las dos culturas.

La interrogante de Wallerstein sobre las bases epistemológicas de nuestras instituciones de saber no es lejana a lo que se viene explicando aquí. En el fondo, el problema de nuestras Escuelas y Departamentos de Sociología no tiene sólo que ver con manejo de recursos y con lógicas burocráticas de asignaciones presupuestarias, no sólo con eso. En el fondo el problema es también

–y sobre todo- epistemológico. El precio de los supuestos de las dos culturas quizás sea hoy muy elevado, y la separación disciplinaria a la que asistimos desde mediados del XX tiene que ser hoy repensada más allá de las encrucijadas a las que se ha visto enfrentada la sociología incluso antes de su tardío y problemático ingreso al mundo de las disciplinas universitarias. Ya la separación entre lo verdadero y lo bello no es fácilmente aceptada, y no podemos darnos el lujo de seguir produciendo un discurso críptico o sociologizante para especialistas.

Sin embargo, aunque hoy más que nunca seamos concientes del precio de la separación de las dos culturas, y aunque hoy casi podamos afirmar que es una falsa dicotomía que proviene de un desarrollo tardío de las ciencias sociales frente a los logros de las ciencias naturales, no hay duda que la separación sigue siendo fuerte y anclada en las instituciones de saber con tanta fuerza como siempre. Para Wallerstein, “...las disciplinas, en cuanto organizaciones, controlan en gran medida el ingreso, confieren prestigio y rigen el avance dentro de la jerarquía de la carrera académica. También tienen la autoridad para poner en vigencia leyes “proteccionistas”. Aunque en público rinden pleitesía a la “interdisciplinariedad”, al mismo tiempo se aseguran de remarcar los límites de la permisibilidad de su ejercicio” (Wallerstein, 2005:31) Aquí queda expuesto el centro del problema, del reto para una nueva ciencia social, y para una nueva sociología.

Llevar al extremo el argumento del fin de las dos culturas, supondría inmediatamente un reordenamiento de las lógicas institucionales que soportaron la especialización durante todo el XX. Las propuestas son variadas, las menos concretas proponen la superación de las encrucijadas epistemológicas hasta ahora discutidas; Peter Burke, por ejemplo, no quiere oír hablar más de orientaciones nomotéticas o idiográficas, para él, esa historia ha sido una historia de errores (Burke, 1987:33) Otras propuestas son más concretas y por lo tanto se encontrarán, seguramente, con más resistencias. Wallerstein propone la creación de una Facultad de Ciencias Histórico-sociales, una suerte de espacio global de conocimiento, de interciencia al estilo de Braudel, en la que no haya el matrimonio legítimo de dos disciplinas, como en el caso de la interdisciplinariedad, sino la promiscuidad generalizada de saberes. Podríamos encontrarnos frente al fin de la lógica disciplinar y frente a la conformación de una nueva epistemología más allá de las dos culturas de Snow, sin embargo, no hemos visto mayores avances en ese sentido. ¿De dónde provienen las resistencias?

Hace algunas semanas, en mis cursos de teoría social discutíamos el sugerente ensayo de Simmel sobre “la moda”, y en un momento –con evidente incomodidad- un estudiante intervino para avisar que se sentía perdido en lo que le parecía una clase de filosofía o psicología, ¡pero no

una clase de sociología! ¿Qué es lo que realmente sigue manteniendo esta distinción tan fuerte? ¿Cómo nos la arreglamos aún para dividir lo indivisible? Para Wallerstein, el peso de la cultura en la que nos hemos formado los docentes e investigadores de las ciencias sociales es muy fuerte, y la discusión que aquí desarrollamos puede perfectamente pasar por una idea Quijotesca a los ojos de todo un sistema universitario que reproduce una epistemología de jerarquías y grupos de investigadores con muchos años de carrera, que han luchado –legítimamente además- por hacerse un nicho de trabajo propio. Con certeza, todos los grupos académicos de investigadores que aúpan entusiastamente la creación de proyectos inter o trans o multidisciplinares, no verían razón alguna para el surgimiento de una Facultad de Ciencias Histórico – sociales en las que sus disciplinas y departamentos particulares, cedieran espacios a otras formas de organización del saber, es decir, a una nueva epistemología. Esto nos enfrenta, según Wallerstein, a un escenario sombrío para las ciencias sociales, que sería fundamentalmente mantener la estructura académica tal cual como está hasta que un día, por su propio peso, caiga. (Wallerstein; 2005:138)

Según entiendo las circunstancias hasta aquí descritas, tendríamos que poner urgentemente sobre relieve esta discusión en el seno de nuestras Facultades, Escuelas y Departamentos; afortunadamente en algunos espacios académicos esto está empezando a suceder. Para el caso particular de la Sociología, parece claro que su propia historia es reflejo de la separación que se estableció a partir de la disputa por el método llevada a cabo en las dos últimas décadas del XIX. El asunto de cómo entender el campo sociológico, con qué teorías y bajo qué perspectivas ha sido –y el presente trabajo es una muestra de cómo lo sigue siendo- protagonista de tantas disputas como podemos imaginar. Quizás valdría la pena recordar, cerrando estas páginas, que hace ya más de 30 años de la publicación de *Las nuevas reglas del método sociológico*, en las que Giddens daba por superada la distinción entre comprensión (de sentido) y explicación (causal), a fin de cuentas, “toda comprensión requiere una comprensión previa que haga posible la comprensión posterior” (Giddens, 1997:77) es decir, todas las ciencias suponen siempre un esfuerzo interpretativo, incluso las nomotéticas, pero básicamente las ciencias sociales requieren de una *doble hermenéutica* pues el propio campo objetual que le es propio está ya constituido simbólicamente. Hay aquí un conjunto de hipótesis de trabajo que quizás no hemos ahondado en todas sus implicaciones. Aun no está claro cuál será el destino de los parias que lancen la primera piedra a las estructuras de saber que hasta ahora organizan nuestras ciencias sociales, sin embargo, deberíamos estar atentos para no repetir una historia en la que las luchas interpretativas en las que se bate la sociología, supongan la presencia de un polo dominado y uno dominante, o como ha dicho Bourdieu “que la ortodoxia no aplaste a la herejía”, pues mientras haya esta lucha hay historia, es decir, esperanza

Bibliografía

- BURKE, Peter, (1987) *Sociología e Historia*, Alianza Editorial, Madrid.
- DURKHEIM, Emile (2000), *Las reglas del método sociológico*, Alianza Editorial, Madrid.
- GIDDENS, Anthony, (1997), *Las nuevas reglas del método sociológico*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- LEPENIES, Wolf, (1994) *Las tres culturas, la sociología entre la literatura y la ciencia*, Fondo de Cultura Económica, México.
- SIMMEL, Georg (1977) *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, Revista de Occidente, Madrid.
- SNOW, C.P. (2000) *Las dos culturas*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.
- WALLERSTEIN, Immanuel (2005) *Las incertidumbres del saber*, Gedisa, Barcelona.